

nes de Siria, es decir, de las de Nuestra Señora de Alepo, de San Pablo de Damasco, de San Juan de Tripoli, de Nuestra Señora de Seyde, de San José de Antoura, etc.; pero todos estos detalles se reducirían á la narración de las vejaciones que los misioneros de estas regiones tienen constantemente que soportar. La muerte, el encarcelamiento agravado con las cadenas y el doble collar de hierro, la paliza y las multas pecuniarias, hé ahí las espinas que encuentran al querer recoger los frutos espirituales cuya dulzura y abundancia les indemniza de todas esas penalidades.

Dejemos, pues, los países sobre que la Puerta Otomana estiende su dominación, para examinar cuál era el estado del cristianismo en el imperio de los persas.

Los persas y los turcos casi siempre estuvieron en guerra durante todo el siglo XVIII. Si alguna vez dejaron de sus manos las armas, solo fué para reponerse de las pérdidas y prepararse á nuevas empresas. Las turbulencias intestinas y las revoluciones que ocurrían en ambos imperios, particularmente en el de Persia, obligaban con mucha frecuencia á los príncipes á ofrecer ó á pedir la paz por su seguridad personal, sin dejar por eso de estar bien resueltos por una y otra parte á no cumplir las condiciones, sino hasta el momento que les fuese posible renovar las hostilidades con alguna ventaja, ó al menos con alguna esperanza de buen éxito. Las victorias y los contratiempos anduvieron casi equilibrados por una y otra parte. Tomáronse mutuamente plazas fuertes y tuvieron que abandonarlas; ganaron batallas y sufrieron derrotas; conquistaron provincias y á su despecho tuvieron que volverlas á ceder, cuando la situación de sus negocios, ó la impotencia de continuar la guerra, les obligaban á tentar la vía de las negociaciones para concluir una paz ó una tregua, cuya duración dependía generalmente de las nuevas circunstancias en que cada una de las potencias contratantes se iba á encontrar. Así se vió en

estos pueblos lo que suele verse en otras muchas naciones que se envanecen de haber perfeccionado el arte homicida de la guerra: después de la devastación de varias regiones, después de haber derramado torrentes de sangre, las fronteras de sus dominios eran con poca diferencia las mismas que antes de sacar la espada.

Uno de esos hombres formados para la desgracia de las naciones, que no llegan á la celebridad sino á fuerza de muertes y carnicería, que tienen en nada la vida de sus semejantes cuando se trata de satisfacer el desenfrenado deseo de estender sus dominios, y que quisieran someter á su yugo todo el universo para poder reinar solos, llenaba entonces todo el Asia con el ruido de su nombre: este guerrero era el formidable Schah-Nadir, mas conocido en Europa con el nombre de Thamas-Kouli-Kan, el conquistador mas rápido é insaciable que ha desolado aquellas hermosas regiones, desde Alejandro y Genghis-Kan. Dotado de una alma elevada, un espíritu independiente, un carácter feroz, una estatura gigantesca y una fuerza de temperamento que al parecer se vigorizaba con las fatigas y trabajos; este guerrero, cuyas armas llevaron el terror desde las fronteras de la Tartaria hasta el fondo del Indostan, hizo sus primeras hazañas capitaneando una horda de bandidos que pudo reunir. Aún no contaba mas que con quinientos aventureros, y ya sabía apoderarse de ciudades y ganar batallas; por lo cual anunciaba lo que llegaría á ser algún día cuando tuviera á sus órdenes ejércitos numerosos, aguerridos y disciplinados. ¿Creeríase que una injusticia, un castigo bárbaro y no merecido, fué el que puso en juego todos los resortes de esta alma altiva y sedienta de mando? Nadir había librado de una invasión súbita una provincia fronteriza, cuando ya no había esperanza de salvación y todos se disponían á sufrir la ley del enemigo. En premio de tan eminente servicio, el gobernador man-

dó darle la paliza en la planta de los pies hasta que se le cayesen las uñas con la violencia del suplicio. Esto fué lo bastante para desarrollar á la vez sus talentos militares y su horrible crueldad. El resentimiento de este ultraje y la sed de venganza le pusieron las armas en la mano. Ayudado del reducido número de hombres que le seguían, se apoderó de la ciudad donde mandaba el que le había tratado tan indignamente, y que pagó con su cabeza la afrenta que había hecho á su libertador.

Este primer triunfo dió alas al valor de Schach-Nadir y robusteció la idea que él mismo tenía de su habilidad en el arte de la guerra. Su reputación voló á las mas distantes provincias de la Persia, y agregándosele cada día nuevas bandos de aventureros armados y equipados, se vió sin saber cómo al frente de un verdadero ejército, y en estado de acometer grandes proyectos. El débil Tahmas II, que á la sazón ocupaba el trono de Persia, siendo tan incapaz de gobernar como de defender sus Estados, creyó encontrar un apoyo en el valor y capacidad del afortunado Nadir. Confióle el mando en jefe de sus tropas, esperando que al verse revestido del carácter de general, sabría rechazar á los enemigos exteriores y contener á los de dentro que también parecían haberse conjurado para la ruina del Estado. Una señalada victoria que Nadir consiguió sobre los turcos, le mereció el aplauso y los favores de su amo, que desde entonces ya no puso límites á su confianza, llegando al extremo de hacerle tomar su propio nombre, que es el mayor obsequio que un monarca persa puede hacer á un vasallo suyo. Viéndose ya Nadir con todas las fuerzas del imperio entre sus manos, no temió elevar sus ambiciosas miras hasta el trono, y conoció que nada podía impedirle colocarse en él. Para aventurarse menos en la ejecución de su proyecto, este general, hecho ya dueño de su príncipe, de quien se titulaba es-

clavo (1), se aprovechó de una paz vergonzosa que Tahmas acababa de firmar con los turcos, sin haberle consultado, para privar del trono al imprudente sofí que le había hecho árbitro de su suerte. Puso en su lugar un niño de seis meses, á quien bien pronto hizo desaparecer para sentarse él mismo sobre un trono que miraba como su conquista y como justo premio de sus victorias. Mas aun no era esto bastante para satisfacer su inmensa ambición.

Apenas recibió el juramento de fidelidad de sus nuevos vasallos, cuando dirigió sus miras hácia el Indostan, á donde le llamaban los votos de los grandes que gobernaban este rico imperio á nombre de Mahomet, príncipe voluptuoso, cuya molición é indolencia dejaba las riendas del Estado á unos ministros avarientos que no se servían de su autoridad mas que para oprimir á la nación. Tahmas-Kouli-Kan se puso en marcha en 1738, para esta expedición, la mas atrevida y de mejor éxito que ningún conquistador ha intentado, sin exceptuar las de Sesos, Cyro, Alejandro, Genghis-Kan y Tamerlan. El terror precedía los pasos del monarca persa; el espanto que producía su nombre, le sometía las ciudades y las fortalezas antes de presentarse delante de sus muros, y las tropas que el Mogol le oponía estaban ya medio vencidas por el terror con solo pensar que iba á darse la batalla. Derrotado Mahomet en una acción decisiva en que Kouli Kan desbarató todo su ejército con diez y seis mil hombres de caballería, creyó que el único modo de poner en seguridad su persona y la capital de su reino era implorar la clemencia del vencedor; pero este, que no se picaba de grandeza de alma ni de humanidad, exigió que se entregara á discreción juntamente con su capital, artillería y tesoros. Habiéndose apoderado de Dehli, que es una de las mas hermosas ciuda-

(1) Nadir-Tahmas-Kouli significa en idioma persa Nadir, esclavo de Tahmas.

des del mundo, y la mas célebre de Asia por su estension, poblacion, magnificencia y riquezas, se hizo proclamar emperador de la India y egereció los derechos de la soberanía. Todo el oro, plata, pedrería y objetos de valor que esta opulenta ciudad, el palacio del rey, los de los grandes y las casas de los ricos particulares encerraban en su seno, fué presa del conquistador y apenas bastó para contentar su codicia. Los historiadores mas modernos evalúan en doce mil millones de reales los inmensos despojos de la capital del Indostan, que este insaciable déspota sacó por fruto de su conquista, y quizá podrian apreciarse en otro tanto los estragos que causó en todo el imperio del Mogol. Por último, desprendió de este imperio las provincias que están mas acá del Atek y del Indo y las incorporó á la Persia.

Colmado de gloria y cargado de riquezas, regresó Tahmas-Kouli-Kan á sus Estados, y entró en ellos lentamente en medio de los obstáculos de que supo triunfar por su vigilancia é intrepidez; pero esperábase á su regreso la suerte de los tiranos, ébrios de orgullo y sedientos de sangre, que se burlan de la vida de los hombres y conculcan las leyes mas sagradas de la justicia y de la humanidad. Su carácter feroz y violento, sus caprichos extravagantes y crueles, y su avaricia y barba-rie sublevaron contra él á los grandes, al pueblo y á los compañeros de sus glorias militares, con quienes tampoco guardaba consideracion alguna en los arrebatos de cólera y crueldad á que se entregaba cuando veia la menor contradiccion. Estallaron motines y revoluciones por todas partes, y últimamente, fué asesinado en junio de 1747 á consecuencia de una conjuracion urdida por el sobrino de su predecesor, que despues se hizo proclamar rey de Persia. Los homicidas de este conquistador tan temido hicieron una bola con su cabeza, que pocos dias antes era el terror de toda el Asia. Kouli-Kan se habia retratado á sí mismo, diciendo: *yo no soy Dios ni soy profeta*

*para enseñar á los hombres el camino de la salvacion, ni tampoco soy rey para dedicarme á hacer la felicidad de mis vasallos; no soy mas que un enviado de Dios contra las naciones sobre que quiere descargar su venganza.* Estas son las palabras que pone en su boca el historiador persa que escribió sus hechos. El mismo autor asegura que Kouli-Kan era poco adicto á la secta musulmana porque veia en ella demasiados absurdos para creerla divina, y que habiendo mandado traducir al idioma persa los Sagrados libros de los judios, de los cristianos y de los mahometanos, se proponia sacar de todos ellos lo que mas le agradase de cada una de estas tres religiones para formar una nueva, que con todo abinco hubiera tratado de establecer en Persia y propagar por todo el Oriente. Sus costumbres eran las de un déspota imperioso, que no conocia otra ley que la fuerza, ni mas regla que su voluntad. Sin embargo, su género de vida, tanto en la paz como en tiempo de guerra, era sóbrio, y sus alimentos y vestidos en nada se diferenciaban de los del último soldado; pero á esta vida dura y frugal añadia todos los excesos de la lubricidad mas desenfrenada, á los cuales se entregaba sin delicadeza y sin eleccion, con el mismo ímpetu que acostumbraba en todas sus demas acciones.

Al ir Tahmas-Kouli-Kan á la conquista de la India dejó á su hijo mayor en Maschchat, confiándole la autoridad Real hasta su regreso. La ausencia del rey, y el estar la autoridad confiada á un príncipe jóven, parecieron circunstancias favorables á los monjes armenios cismáticos de Julfa, arrabal de Ispahan, para levantarse contra los misioneros y católicos y hacer fuesen espulsados del reino. Para el buen éxito de este atentado, contaban con el supuesto favor que su patriarca gozaba cerca de Tahmas-Kouli-Kan, fundándose en ciertas señales de benevolencia que este le habia dispensado antes de su advenimiento al trono, cuando pasó por Echmiadzin, lugar de la re-

sidencia de este prelado. El monasterio de Julfa, morada de dichos monges, no albergaba mas que á unos hombres estraidos de la hez del pueblo, sin educacion, sin estudios y de costumbres bastante ambiguas. Esta es la idea que se han formado de ellos los mismos pueblos que les están sometidos, sabiendo por experiencia que si se les presenta ocasion de excitar turbulencias, no dejan de aprovecharla. Quejéronse, pues, al patriarca, lamentándose del gran número de pueblos que les habian abandonado para abrazar la Religion católica. El prelado les respondió que tratasen de convertirlos por medio de instrucciones y exhortaciones particulares y públicas, y que si nada podian adelantar sobre aquellos espíritus indóciles, se lo avisasen, pues entonces presentaria al príncipe una esposicion á fin de que por medio de su autoridad les obligase á someterse. Apenas habia llegado esta respuesta, cuando convocaron al pueblo en la iglesia del monasterio; leyéronsele con énfasis, añadiendo detalles faltos de toda verdad, y hasta inverosímiles, acerca de las grandes consideraciones y especial favor del rey para con el patriarca, á fin de intimidar á aquel pueblo, crédulo por naturaleza. Habiendo sido infructuosas estas tentativas, diputaron un monge que tenia el título de obispo (y es de advertir, que habia cinco ó seis de esta especie, pues el patriarca consagraba gustoso á cuantos tenian dinero que darle) y á un clérigo, para que fuesen á presentarse al patriarca, y entre ellos convinieron en que pasarian á presentar de su parte una solicitud al príncipe. Fueron pues á Maschchat, que era el punto de residencia de la corte, llevando una solicitud en que decian que habia en Ispahan ciertos estrangeiros desconocidos que no ejercian tráfico alguno provechoso al rey ni al reino, y que antes por el contrario, les causaban un notable perjuicio, pues que comprometian á cuantos podian seducir á que se retiraran á Europa ó á la India; que la intencion del rey era procurar á sus vasallos una

vida pacífica y tranquila, y que aquellos etíopeos escitaban por todas partes divisiones y turbulencias, no ocupándose de mas que de dar cuenta á sus respectivos soberanos de cuanto acaecia en el imperio, y que ellos (los monges) en particular tenian que sufrir mas que nadie de parte de aquellos hombres tumultuosos é inquietos, que andaban seduciendo continuamente al pueblo, y que ya no les quedaba otro recurso que implorar la proteccion y autoridad del príncipe, suplicándole alejase de la Persia á unos estrangeiros tan peligrosos. La respuesta del príncipe fué sumamente discreta. «Es asunto, dijo, que merece considerarse detenidamente: mandaré tomar informes al gobernador de Ispahan, y si fuere cierto lo que decís, no vacilaré en espulsar del reino á esos estrangeiros.» Los monges no se retiraron muy contentos, pues hubieran querido que se les creyera bajo su palabra. Pero el gobierno de Persia es muy flemático, y ademas sabe sacar partido de esta especie de disensiones, por lo cual tiene buen cuidado en no decidirse prontamente y en no quitar la esperanza á ninguno de los dos partidos. Sin embargo, no por eso se desanimaron los monges, y hasta llegaron á lisonjearse de que con dinero conseguirian su pretension. Volvieron á presentarse en Ispahan con aire de triunfo, y publicaron que habian obtenido un edicto que desterraba del reino á todos los misioneros. Además de esta mentira, divulgaron que el Soberano Pontífice habia escrito á su patriarca una carta diciéndole que los misioneros traslimitaban sus órdenes; que él no los habia enviado á que predicasen á los armenios, pues le era bien notoria la pureza de la fé de estos; que consideraba al patriarca como hermano, y á los armenios como hijos. Nótese que este es el espíritu de todas las sectas, como que no tienen mas medios de sostenerse que la mentira. El gobernador mandó comparecer á los misioneros, y les preguntó sencillamente si habian conseguido

algun edicto que les favoreciese. Afortunadamente para ellos habian traído un edicto recientemente publicado por Schah-Nadir, concediendo la libertad de conciencia, y permitiendo á los cristianos, católicos ó cismáticos, abrazar el partido que mas les conviniera sin temor de que se les inquietara. Este edicto fué el que presentaron al gobernador, que á pesar de estar ya sobornado por una considerable cantidad de dinero, no se atrevió á fallar, y se contentó con mandar sacar una copia del edicto y remitirla al príncipe; y luego dispuso, que interin se resolvía otra cosa, volviese cada uno libremente á su iglesia. Los armenios recurrieron entonces á la violencia, y con el consentimiento tácito del gobernador, ganaron uno de los jueces que en el pais se llaman *dagora*. Reunieron por medio de su autoridad á todos los que habian renunciado á la secta de los armenios para abrazar la fé católica; arrastráronlos al convento, y allí el *dagora* se esforzó en pervertirlos, mandando dar una cruel paliza á cuantos se resistieron á renunciar á la fé. Exceptuando uno ó dos que vacilaron, todos sufrieron con constancia ese tormento y dieron pruebas de su firme adhesión á la fé católica. Distinguióse entre todos un jóven armenio llamado Juan Bautista: cuanto mas cruelmente le trataban, mas enérgicamente protestaba, que sacrificaría mil vidas si las tuviese, antes que volver á ser cismático y abandonar la verdadera fé, sin la cual no hay salvacion. Los misioneros, con objeto de poner término á aquellas violencias, se apersonaron con el gobernador, rogándole que mandase reunir un consejo que resolviese el asunto, y haciéndole presente que, si el Consejo decidía en favor suyo la cuestion, él tendría ocasion de disculparse para con los armenios alegando la decision del Consejo. No le disgustó al gobernador la proposicion, y así convocó á todos los empleados persas que ejercian alguna autoridad en los asuntos espirituales. Leyóse desde luego ante el Consejo la instancia que contenía los car-

gos que se hacían á los misioneros, y sin darles tiempo para hablar en su defensa, declararon unánimemente los del Consejo que aquella acusacion era un tejido de calumnias de ningun valor, y en el acto remitieron esta resolucion al príncipe. Viendo los armenios cismáticos que á pesar de todos sus manejos y de las grandes sumas de dinero que habian gastado, no conseguían su objeto, quedaron por de pronto aterrados; pero luego volviendo á reanimarse, publicaron con mas desvergüenza que nunca, que ellos conseguirían su proteccion y que el patriarca estaba decidido á gastar para este objeto la mitad de sus rentas. Sin embargo, así que el príncipe vió que el edicto de su padre era favorable á los misioneros, escribió diciendo que deseaba se conformaran con él, y dió orden al gobernador de Ispahan para castigar severamente á los que se atrevieran á contravenir al edicto. De esta manera se terminó el asunto con grande confusion de los cismáticos.

Pero mientras el edicto de Tahmas-Kouli-Kan protegía los misioneros en Persia, este conquistador destruía el fruto de sus desvelos en el imperio del Mogol. La Compañía de Jesus tenia en Delhi dos iglesias que fueron incendiadas, siendo de advertir que ambas habian sido edificadas por la liberalidad del emperador Gehanguir. Este príncipe y su sucesor habian sido muy afectos á la Religion cristiana, que durante los dos reinados hizo progresos considerables. Entonces se concibieron halagüeñas esperanzas para el porvenir; mas estas esperanzas se desvanecieron juntamente con el poder y dominacion de los portugueses en la India. Dos jesuitas portugueses, que permanecían constantemente en Delhi, tuvieron la buena suerte de librarse de la matanza, y cultivaban una pequeña colonia cristiana compuesta de unas setecientas almas. Los hombres que se hallaban en estado de llevar las armas, estaban todos al servicio del emperador, y la mayor parte perecieron. La ha-

bitacion de una cristiana, célebre por su piedad y muy estimada del emperador y de la corte, sufrió la misma suerte que las iglesias. ¿Cuál vendría á ser la suerte de tantas jóvenes viudas y de tantos niños cristianos? ¿A qué calamidades no se veían espuestos? ¿Qué triste era que la pobreza de los misioneros no les permitiese proporcionarles socorros!

El fiero conquistador consideró como una felicidad el tener á su lado un religioso por médico; pues los persas que se habian dedicado á esta profesion, no gozaban, ni verdaderamente eran dignos de su confianza. Como repetidas veces habia oído hablar de la ciencia de los europeos, encargó al gerente de la compañía de comercio de Inglaterra que hiciese venir uno ó dos facultativos, prometiéndoles los partidos mas ventajosos. Viéndose comprometido el gerente por la palabra que habia dado, puso los ojos en el hermano Bazin, que entonces residía en Ispahan y que desde su llegada á Persia habia estudiado y aplicado con éxito los principios de la medicina. Ponderó al superior las utilidades que la mision podría prometerse de esta circunstancia, y de la comodidad que semejante empleo daría al hermano Bazin para servir á la Religion en un pais en que sin cesar se hallaba espuesta á insultos y persecuciones. Este asunto se terminó á fines del año 1746. El hermano Bazin tuvo que seguir en calidad de primer médico al conquistador Tahmas-Kouli-Kan, y cuando este fué asesinado, la tienda de campaña del hermano estaba inmediata á la suya.

La caída de Thamas-Kouli-Kan arrastró en pos de sí la de toda su familia, y sus tres hijos y diez y seis príncipes de la sangre fueron asesinados el mismo dia que él. Desde esta catastrofe, la Persia y las regiones inmediatas siguen siendo teatro de desolacion y de sangre.

Desde el advenimiento al trono de Tahmas-Kouli-Kan, principiaron á caer sobre aquel pais toda especie de calamidades. Por consi-

guiente, la mision comenzó tambien á padecer, y vió á su pueblo perecer lentamente, ó tener que dispersarse y retirarse á otras regiones. Ispahan, donde en otros tiempos se contaban dos millones de almas, quedó, cuando mas, reducido á unas veinte ó treinta mil. Pero la desolacion llegó á su colmo, cuando los bárbaros, de que Dios se servía para castigar á los persas, se apoderaron de esta desgraciada ciudad despues de la muerte de Tahmas. El arrabal en que habian quedado los cristianos, tanto hereges como católicos, se libró del desastre general; pero mas hubiera valido que lo hubieran entregado al saqueo que no haberle impuesto con tal ferocidad tan enormes contribuciones. Habiendo encontrado los vencedores al hermano Bazin, se arrojaron sobre él y le maltrataron con la mas horrible inhumanidad, y en seguida le dijeron lo que pedían. No se contentaban sino con cien escudos. «Dálos, dálos en el acto, le dijeron; si no los tienes, fabricalos: de lo contrario, te los sacaremos de la piel.» Diciendo estas palabras redoblaban inhumanamente los golpes sobre sus espaldas y en las plantas de los pies. Díóseles cuanta moneda habia; mas como ni con mucho llegaba á la cantidad que pedían, hubo que contentarlos, dándoles dos candeleros de plata. El P. Duhan, superior de la casa, tuvo que hablarles por medio de intérprete por no saber el idioma persa. Los bárbaros le golpearon y ataron á un poste, preparándose á darle la paliza en las plantas de los pies, pero el Padre los tenía en aquel momento tan estremadamente hinchados, que no pudieron menos los agresores, á pesar de su barbarie, de conmoverse al verlos, y le dejaron despues de haberle descargado dos ó tres golpes. Mas este cruel suceso causó sobre el debilitado cuerpo del P. Duhan tal impresion, que á los ocho dias murió. Este Padre habia sido uno de los misioneros mas perfectos: no solo los católicos, sino hasta los mismos hereges lo miraban como un